



Los alcaldes de Badajoz, encerrados en Villanueva de la Serena para presionar sobre el Gobierno de Madrid.

ejemplo—, o los que determinan, por otro ejemplo muy actual, la legislación sobre el divorcio y la familia. O las grandes presiones que oscilan entre las amenazas veladas o insinuaciones de golpe de Estado y las acciones terroristas que pueden dejar al país sin turismo —su industria nacional—, o que pueden provocar o intentar provocar a las Fuerzas de Orden Público.

TODO es, naturalmente, censurable: cada caso tiene una apreciación y una medida propias, y unas consecuencias muy distintas. No es censurable el tipo de presión que pueda hacerse por la expresión de intereses respetables, o del respeto debido a las minorías —aunque las minorías representen una región entera, a veces—; pero es rechazable todo aquello que ponga en riesgo la comunidad y la legislación que va por los cauces adecuados.

LA única posibilidad de defensa contra este mal creciente, que puede conducir a una forma de caos, es el fortalecimiento de los cauces democráticos y del espíritu cívico simultáneamente. Si los cauces democráticos no son mera legislación, si tienen una eficacia real y el Gobierno responde en cada caso ante el Parlamento, el Parlamento debate limpia y abiertamente —con menos comisiones, con menos puertas cerradas— y los partidos son permeables a sus bases, el grupo de presión tendrá todo su valor cívico y realmente democrático: el de representación de la voz de unas minorías. En caso contrario, se sustituirá a los poderes públicos y la democracia habrá naufragado. ■

LA ERA DE FREUD

UNA de las muchas cosas que pasaron hace cuarenta años fue que murió el doctor Freud (23 de septiembre de 1939). Fue un año de lobos; esto es, un año de hombres, si creemos a los latinos ("Homo homini lupus"). Fue el año en que se consumó la derrota de la República española, el año en que Hitler invadió Checoslovaquia y, días antes de la muerte de Freud, Polonia, con lo que comenzó la segunda guerra mundial. El año en que ocupó el trono pontificio Pío XII y la Iglesia católica se contrajo. El año en que Stalin firmó el pacto con Hitler y se empequeñeció el comunismo. Hay muchas cosas que conmemorar en este tiempo de efemérides cuarentonas. Quizá la muerte de Freud parezca una cuestión menor.

Sin embargo, puede ser lícito pensar, con la perspectiva del tiempo, que el médico judío de Viena quizá cambiara el sentido de la Humanidad con más fuerza que los otros grandes acontecimientos históricos. Es una lección: un solo judío podía tener más fuerza que las legiones antijudías de Hitler. Nos hizo comprender que el hombre era otra cosa; nos ayudó a despojarnos de toda una mitología antigua. Probablemente no fue él solo quien destruyó la razón clásica; estaba ya en crisis; quizá tampoco consiguió implantar el modelo de razón a que aspiraba. Freud tuvo un mérito que no había tenido nadie en la Historia, que fue el de dejar al hombre absolutamente desamparado: esto es, purificado —lo decía Walter Benjamín—. Le enseñó que no es uno, indivisible —individuo, indivisum, como en Aritóteles—, sino portador de toda la Humanidad, de todas sus contradicciones, de todas sus dudas.

No estamos en la era de Hitler, ni en la de Stalin; no estamos en la del antifascismo, que se supone que ganó la guerra de hace cuarenta años, ni en la de Pío XII. Estamos en la era de Freud. Eso sí, traicionada y transmutada. Discípulos relapsos, especialistas en sociedad de consumo, lavadores de cerebros, interrogadores, inquisidores de diversas clases, psicoanalistas ortodoxos y heterodoxos a tanto la hora, exegetas, críticos, contradictores, semitas y antisemitas se han apresurado a arrojar durante estos cuarenta años toda clase de impurezas sobre la pureza de Freud. A lo que se ha añadido la supervivencia, todavía, de los residuos de la razón clásica. Ya no estamos en ella; ya no se puede volver a la razón de antes de la crisis de la razón, de antes de Freud. Pero tampoco se puede decir que estemos instalados en el modelo de razón nueva que Freud intentó: al menos, por ahora.

Quizá seamos todos, y desde luego nuestra civilización, mucho más débiles que antes. Pero ahora podemos saber que esta debilidad no es un mal, sino una realidad; que quizá la fuerza y la violencia no sean más que una consecuencia de esa debilidad. Y que si aprendemos a convivir con ella, que si nos enteramos de que dudar, no establecer verdades absolutas ni nada absoluto, comprender que nosotros mismos somos el otro, y que el otro también forma parte de nuestra propia intimidad y de nuestra propia esencia, la lección de Freud llegará a ser útil. Pero tal vez no aprendamos nunca. ■

POZUELO